

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica 4.^a de Cuaresma.

(Continuacion.)

En el evangélio de este dia encontramos enseñanzas bien expresivas de la disposicion *remota* necesaria para recibir el pan eucarístico. Esta disposicion no es otra que la confesion sacramental, sacramento de la reconciliacion que borra todo pecado mortal, y santifica al hombre arrepentido de sus culpas, y resuelto á no cometerlas de nuevo con el auxilio de su divina gracia.

Veámoslo. Leyendo el Evangélio, observamos que el pueblo, antes de comer el pan milagrosamente multiplicado se sienta sobre la verde alfombra del monte, por orden del divino Taumaturgo. ¿Qué significa esto? ¿Qué misterio encierra el acto de sentarse el pueblo, obediente al man-

dato de Jesús, Nuestro Señor y Redentor? Poned los ojos en la esposa de los cantares, contempladla reposando sentada á la sombra del árbol de la vida, y escuchad sus palabras que expresan en bellisima forma el inefable deleite con que saborea sus frutos: Ya descansa de toda fatiga, sentada bajo la sombra de aquel á quien tanto deseaba, y su fruto es muy dulce á mi paladar (1). Dulce es el fruto al que sentado le come. ¿Por qué no ha de gustar la misma dulcedumbre el que le come de pié, ó corriendo? Ricardo de San Lorenzo descubre el misterioso sentido de este pasage, diciendo que en esa posicion se logra el descanso, y que ese reposo de la esposa bajo la sombra de su amado y el reposo

(1) Cant. II.

del pueblo, sentado sobre la yerba del monte, significan que el cristiano debe cesar de cometer el pecado, no dar un paso en la senda de la iniquidad, abstenerse de todo movimiento hácia los objetos pecaminosos á fin de que pueda gustar, y comer con espiritual aprovechamiento el peregrino y delicioso fruto del cuerpo y sangre de Jesucristo que da á las almas vigor, fuerza, y belleza sobrenatural (1).

Pero no basta la cesacion del pecado, sino que es precisa la extirpacion de los vicios. Antes de comer el pan de vida; antes de comulgar, es necesario que el hombre se pruebe así mismo (2). Y ¿cómo verá el hombre si es digno de la comunión eucarística? ¿Dónde y cómo hará esa prueba de sí mismo, mandada por Dios y reclamada por el Apostol? El Concilio Tridentino señala el tribunal de la penitencia y afirma que la prueba indispensable para comulgar con fruto es la Confesion sacramental. Pruébese el cristiano en el Tribunal de la Penitencia, confiese con humildad y dolor sus pecados, jure allí en presencia de Dios morir antes que volver á pecar, y cuando vea que se ha purificado de toda

mancha, acérquese lleno de fé, de amor y gratitud á recibir en su pecho al Dios de la pureza y de la santidad. Que Cristo Sacramentado es el arca purísima del nuevo Testamento y no quiere habitar en un alma donde mora el idolo Dagon, simbolo del pecado; es el divino Maná, y no quiere ser guardado sino en un corazón limpio y adornado como el arca dorada que contenía el antiguo Maná; es el sol de justicia, y no quiere comunicar sus rayos, y su calor sino á las almas santificadas; es el árbol de la vida y no quiere ser plantado sino en almas, semejantes al paraíso, engalanadas con las flores de las virtudes, y perfumadas por sus aromas.

Jesucristo ama la pureza. En el pesebre quiso ser envuelto en pañales pobres, pero limpios y blancos; en la cruz dejó caer sus fecundas miradas sobre su Madre y San Juan, espejos vivos de la virginal pureza, y despues de su muerte quiso tener por sepulcro una tumba nueva, donde ningun cadáver habia sido inhumado.

Moisés apacentaba el rebaño de su suegro, levanta la vista, y vé que en la próxima montaña, llamada Horeb está ardiendo una zarza, y que la zarza no se que-

(1) De laud. Virg. cap. VII.

(2) 1.ª Cor. XI.

ma. Emprende animoso la subida, desea contemplar de cerca el prodigio, y antes de llegar al lugar de la vision, oye una voz que saliendo de la zarza le dice: «No te acerques, descálzate primero, porque el lugar en que estas tierra santa es.» Era la voz de un ángel segun Cornelio Alapide. La zarza ardiendo representaba á Jesucristo presente en la Eucaristia segun Gregorio el Grande (1). Ahora, sí á Moises se le prohibe acercarse á un ángel con los piés calzados, ¿cómo osará el cristiano acercarse á Jesús sacramentado con una conciencia culpable y manchada del vicio ó dominada por las pasiones? ¡Oh! Si los que van á comulgar, considerasen esto seriamente, temblarian, y antes de acercarse, pondrian atento oido á esta voz que sale de la sagrada Forma, para decirles: No os acerqueis con un corazon manchado, porque os trageis vuestro juicio y vuestra condenacion. Descalzáoos, que pisais una tierra santa; despójate ¡oh soberbio! de ese orgullo, y de esa vanidad que provocan mi indignacion porque vas á recibir al Manso y Humilde de corazon; despójate, ¡oh avaro! de tu codicia, porque vas á recibir al que

siendo el Rico por excelencia amó la pobreza, vivió pobre, y murió en una Cruz. Despojáos ¡oh ambiciosos, vengativos, y lujuriosos! despojáoos de vuestros vicios; no os acerqueis aquí, porque vais á recibir al Hijo de Dios que nació de una Madre purísima, que buscó los oprobios, y rogó desde su patíbulo por los que le escarnecian y crucificaban.

Probáoos en la Confesion, despojáoos allí del hombre viejo, esto es, de las malas costumbres, y vestid el hombre nuevo, esto es, la vestidura blanquísima de la gracia santificante, disposicion *remota* para comulgar con fruto que unida á la disposicion *próxima* os hará participantes de las abundantes gracias y celestiales delicias, contenidas en el divino festin de la comunion eucaristica. Oid, pues, cuál y cómo debe ser la disposicion *próxima*.

(Concluirá.)

Z. M.

VARIEDADES.

LA HORCA MILAGROSA.

I.

Era Arnaldo de Armengol descendiente de ilustre casa y familia de los condes de Urgel y Barcelona; distinguiase, al mismo tiempo por la fuerza de su

(1) Lib. 28 Mor. Cap. 2.

linaje y su prodigioso valor, por los nobles sentimientos de su alma, por la piedad, y por las virtudes que atesoraba en alto grado.

Unido con una mujer también piadosa, había coronado el cielo su unión dándole por fruto un hijo, al que desde los primeros años de su vida habían inclinado por el camino del bien, inculcando en su corazón los más sanos preceptos de moral y despertando en su alma los sentimientos que eran su mejor patrimonio.

Y sin embargo, aquel niño que era el orgullo y la alegría de sus padres, que era la más dulce esperanza de su vida, contaminado por el ejemplo de los criados y más tarde por las malas compañías; en vez de escuchar los consejos de sus padres, en vez de practicar las virtudes que continuamente le enseñaban, había llegado á pervertirse de tal modo que, desoyendo súplicas y ruegos y despreciando las justas amenazas, había llegado hasta el punto de formar parte de la juventud más licenciosa, empleando el tiempo en placeres de esos que dejan en la frente la sombra de la vergüenza.

Creuyendo Arnaldo que la bondad produciría más efecto en su hijo que la severidad, dejó correr el tiempo; pero al ver que cada día se aumentaba en Pedro la perversidad resolvió reprimir con energía su desatentada conducta.

Llamóle á su presencia, y díjole:

—¿Dónde veis el ejemplo que os mueve á practicar una vida tan desordenada? ¿Por ventura han podido borrarse de vuestro corazón las santas máximas que gravé en él con cariñosa solicitud? ¿Cre-

eis que es ese el modo de cumplir con los deberes que os impone vuestro nacimiento? ¿Creéis que así se sirve á Dios?

—Padre y señor, repuso Pedro con gran desenvoltura, es necesario dar á cada edad lo suyo: yo no faltó á mis deberes ni dejé de servir á Dios por gozar de los bienes que debo á la fortuna y á mi preclaro nacimiento. ¿Por ventura es un crimen disfrutar de la vida?

—A vuestra edad, añadió el venerable Arnaldo, mas que perder el tiempo en satisfacer desventuradas pasiones, es de nobles y esforzados pechos emplear los dones de la juventud en vestir la acorada cota, en empuñar la lanza y en dominar los briosos corceles para salir en busca de los enemigos de la religión á combatir con ellos brazo á brazo y hacer triunfar la fé. Eso he dispuesto para que renunciéis desde luego á los vicios que os consumen; mañana mismo partireis á luchar contra los moros siguiendo el ejemplo de nuestro noble señor don Jaime.

Quiso Pedro replicar, pero Arnaldo, mostrándose más severo que nunca, repitió la orden que acababa darle y le mandó alejarse.

En vez de retirarse á su habitación, Pedro que á toda costa quería continuar entregado á los vicios que le sonreían, buscó á varios de sus amigos, los cuales á su vez habían recibido admoniciones de sus padres, y deseando todos desobedecerlos y continuar en su desordenada vida, resolvieron alejarse del seno de sus familias, albergarse en las montañas de los Pirineos, convertirse en bandidos y robar á cuantos viajeros pasasen por

allí, para entregarse con el botín á sus desordenados placeres.

Al día siguiente se habló en toda Cataluña de la desaparición de los jóvenes, no volviéndose á saber de ellos en mucho tiempo porque perseguidos por la justicia no tuvieron mas remedio que retirarse á los montes, donde tomaron la infame profesión de bandoleros capitaneados por Pedro.

El sentimiento que causó al pobre Arnaldo la desaparición de su hijo, que manchaba los preclaros timbres de su familia con el borron mas denigrante, le hizo abandonar su castillo y retirarse al reino de Valencia que acababa de conquistar el Rey D. Jaime, el cual compadecido de su fiel servidor le conservó á su lado y empleó en su servicio.

Su pobre esposa no pudiendo resistir tal dolor, sucumbió en medio de la mayor tristeza.

II.

El Rey D. Jaime, á quien la historia llama «el Conquistador», necesitaba tratar negocios importantes para su corona y la de Francia con el rey su vecino, y los dos concertaron una entrevista en Montpellier.

Pero en todo Aragon y Cataluña no se hablaba mas que de los estragos que causaban y de las tropelías que cometían unos bandidos que aprovechándose de los atajos, senderos y sinuosidades de los montes Pirineos, robaban y asesinaban á mansalva á los viajeros, hasta tal punto que nadie se atrevía á pasar por allí.

Para poder transitar por aquellos parajes sin peligro, mandó D. Jaime á Ar-

naldo, cuyo valor era proverbial en su Corte, para que despejase el camino y persiguiese á los malhechores.

Tan bizarro como diestro preparó una emboscada á los bandidos.

Mandó á decir que pasaria por allí la comitiva régia, y los salteadores se gozaron ante la idea del espléndido botín que les esperaba.

Para apoderarse de ellos con mas seguridad, ocultándose en un bosque con algunos soldados, hizo que las acémilas cargadas con dinero y pedrerías se adelantasen.

Los ladrones, que acechaban, cayeron sobre tan preciosos objetos, y ébrios de gozo comenzaron á apoderarse de aquellas riquezas cuando Arnaldo y los suyos cayeron á su vez sobre ellos trabándose una encarnizada lucha.

En medio del fragor de la lid Arnaldo no conoció el adversario con quien luchaba.

El combate de los dos duró mucho.

En la defensa y en el ataque eran iguales.

Pero al fin y al cabo cayeron los dos heridos á un mismo tiempo.

Entonces y solo entonces fué cuando pudieron conocerse.

—¡Padre mio, perdon! exclamó Pedro.

Y al ver que habia herido á su padre sintió mas el dolor de su alma que el de su herida.

—¡Tú..... tú, hijo mio, me has herido exclamó el infeliz anciano; no ha podido darte el cielo mayor castigo!

III.

Fué tal el arrepentimiento de Pedro, tantas las lágrimas que derramó despues

del atentado que acababa de cometer, se presentaron ante su vista con tal fuerza los horrores de la conducta que hasta entonces habia observado, que cayenlo á los piés del autor de sus dias imploró su perdon con verdadera fé y mostró el mayor arrepentimiento de sus culpas.

Arnaldo era su padre, y no podia menos de enternecerse al escuchar las protestas del hijo de su corazon.

Pero deseando convencerse de la sinceridad de sus palabras, aplazando la reconciliacion hasta persuadirse de que la resolucion de su hijo no era causada por la impresion dolorosa que habia recibido, sino por la conviccion mas profunda, se lo llevó en su compañía, viendo con júbilo al cabo de algun tiempo que su conversion era completa.

Cundió la nueva de este suceso por todo Aragon y Cataluña, y como Arnaldo era objeto de las mejores simpatias fué inmenso el gozo de todos al saber la contriccion de Pedro.

La situacion que habia pasado el jóven no podia ser mas dolorosa. ¡Esgrimir el acero contra el autor de sus dias! herir al hombre que le habia dado el ser! El velo que las malas pasiones habian tejido para separar la luz de sus ojos desapareció ante aquel dolor, y pudo Pedro ver el tiempo que hasta entonces habia perdido, lo terrible de los crímenes que habian llevado á cabo, y la apacible felicidad que podia disfrutar reclinándose en los maternales brazos de la virtud.

Pero cayó en una profunda melancolía, hija mas que de otro cosa del sentimiento de tener que arrojarle á los piés

de un ministro de Dios y confesarle los delitos que habia cometido.

Pero al fin y al cabo logró vencer este rubor, últimos restos de su vanidad, y encaminándose al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona, desahogó su conciencia confesando sus culpas.

Allí resolvió hacerse religioso de la Merced, y fueron tantas las muestras de su vehemente deseo, tantas las súplicas que dirigió para que le admitieran en su seno los religiosos, que al fin y al cabo le acogieron con la mayor satisfaccion.

El cambio fué completo. Poco despues recibió las sagradas órdenes, y fué comisionado á las provincias de España, en donde dominaban todavia los árabes, para redimir cautivos.

Pero esto no bastaba á su celo, á sus deseos de servir á Dios.

Conocía que sus pecados habian sido grandes: que grandes tenian que ser los méritos para redimirlos.

Su mas vivo anhelo era pasar al Africa.

Tal vez adivinaba el portentoso milagro que allí debia operar en su favor el Dios de los altares.

Pasaron algunos años, y realizando su deseo llegó á Bugia acompañado de un esclarecido varon, Fr. Guillermo Florentino, y ambos redimieron ciento diez cautivos sin ninguna dificultad.

Iban á darse á la vela para la madre pátria, cuando supieron que se encontraban en poder de los agarenos diez y ocho niños, los cuales halagados por los sectarios de Mahoma estaban á punto de renegar la fé de Jesucristo.

¿Cómo podia consentirlo Pedro?

Resuelto á sucumbir si era preciso antes que consentir aquella infamia, pidió y obtuvo una entrevista con el califa.

—Yo vengo á rescatar á esas inocentes criaturas, le dijo; déjalas ir en libertad con mi compañero Fr. Guillermo, y yo quedaré en rehenes hasta que él vuelva con la cantidad que me exiges por su rescate.

—¿Y si me engañas y no vuelve? pregunto el califa.

—En ese caso eres dueño de mi persona condenándome á las penas que te parezca.

Obtuvo Pedro lo que deseaba; Guillermo partió éon los cautivos y Armen-gol quedó en poder del califa, aprovechando el tiempo en convertir con su predicación á muchos de ellos á la religión cristiana.

Transcurrió el tiempo, y al fin llegó el día señalado para la vuelta de Fr. Guillermo con la cantidad que importaba el rescate.

Todos esperaban con la mayor ansiedad el término de aquella tregua.

El califa y sus parciales para tener un motivo de castigar á Pedro si no entregaba la cantidad, porque le odiaban al ver los triunfos que había conseguido entre sus mismos hermanos: los que admiraban sus virtudes, los que seducidos por la magia de su voz sentían hácia él un vivo afecto, aguardaban también con ansiedad la llegada de Fr. Guillermo, porque querían verle libre aunque sintieran su partida.

Fr. Guillermo no llegó en el momento oportuno, y el califa dispuso que Pedro fuese encerrado en un oscuro calabozo y

condenado á no tomar ninguna clase de alimento.

Pero cuando pasaban días y días y llegaban á su prision á verle para ver si había perecido extenuado por los efectos que debía haber producido en él el hambre, le hallaban sano y salvo porque los Angeles descendían hasta la antigua mazmorra en donde estaba el siervo del Señor, y le ofrecían el alimento necesario.

IV.

La evangélica resignación del jóven misionero, la fortaleza con que sufría los padecimientos, indignaron al califa, que mal aconsejado por los suyos y desentendiéndose de los ruegos de los que le estimaban, decretó que fuese ahorcado..

Cuando Pedro supo esta resolución, en vez de iumutarse como esperaban sus enemigos, sintió que sus fuerzas se aumentaban, y dió gracias al cielo porque le proporcionaba una ocasión de poner en evidencia una vez mas su fé y el arrepentimiento de que se hallaba poseído por los extravíos de su juventud.

La sentencia se ejecutó con la mayor crueldad.

Puesta la horca en una de las plazas públicas, llegó el Santo con gran acompañamiento.

La muchedumbre ocupaba todos los alrededores del suplicio, y entregado al verdugo aplicó este á su cuello el áspero cordel, y lanzándole al espacio consumó el crimen que le habían mandado ejecutar.

Con el objeto de que sirviera de escarmiento aquel castigo, dispuso el califa que nadie le bajase de la horca, y en

ella permaneció ocho días, al cabo de los cuales, cuando estuvo el lugar del suplicio solitario, porque se había apoderado un terror inmenso de los habitantes de la ciudad, llegó Fr. Guillermo con la cantidad estipulada por el rescate de Pedro.

Apenas desembarcó, supo el fatal suceso, y en compañía de algunos cautivos llegó hasta el sitio en donde aun estaba pendiente el cuerpo del Santo.

Grande fué su asombro y el de todos los circunstantes al ver que aquello que creían un cadáver despedía en torno suyo una fragancia celestial.

Pero mayor fué aun cuando al hallarse cerca del suplicio oyó la voz de Pedro.

—Guillermo, hermano mio, dijo, dad como yo gracias á Dios: aun vivo.

—Es posible?

—Sí, hermano; la Virgen María, Madre de Dios y nuestra, pidió á su Santísimo Hijo la conservacion de mi vida, y, conseguido este favor, la misma soberana Reina me ha sostenido con sus santísimas manos para que con el peso del cuerpo no me ahogase este cordel del que me hallo suspenso.

Pidió á Guillermo que le bajase del suplicio con gran admiracion de los que asistían á aquel extraordinario espectáculo y de muchos que habían sido los verdugos, y asombrados de aquel inmenso prodigio se convirtieron no pocos á nuestra santa religion.

Partieron los dos amigos inmediatamente hácia su patria; pero antes que ellos llegó la noticia por toda Cataluña del suceso, y cuando entraron en Barcelona

salieron á recibirles con vitores y aplausos, y les acompañaron desde la puerta hasta su convento, donde el Santo refirió á todos el milagro.

En medio de todo conservaba aun el ilustre mártir el cuello algo torcido; y en él las señales de la homicida cuerda.

Objeto á cada instante de las mayores ovaciones, buscado por todo el mundo que queria ver en él las muestras de la bondad divina, y no pudiendo su humildad resistir los honores y los aplausos que le tributaban, se retiró á Nuestra Señora de los Prados, convento perteneciente al obispado de Tarragona, donde pasó el resto de sus días entregado á las prácticas mas austeras de la religion.

—Creedme, hermanos míos, decia á todos los que le preguntaban, no juzgo haber vivido día alguno sino aquellos pocos felicísimos en que pendiente del madero me creían difunto.

Atacado por una fuerte enfermedad conoció que se acercaba su última hora, la cual predijo con espíritu profético, y espiró pronunciando un versículo de David, en Abril de 1284.

Pedro se prometió curar con su piedad la triste herida que había causado en su padre, y el amor filial llevándole en los brazos de la religion le conquistó la gloria del martirio; la aureola de la santidad.

F de T.

